

Ernesto Sábato Evoca la Figura del Dominicano Pedro Henríquez Ureña

BUENOS AIRES, 17 de septiembre (ANSA)—"Creo que si pudiera conversar con el espectro, con la sombra, de Pedro Henríquez Ureña, me diría que está contento de que se lleven sus restos allí... porque este país ha sido injusto con él. Era un hombre que sabía mucho y ni siquiera lo hicieron profesor titular en la Universidad de La Plata, donde impartía cursos de literatura; fue solamente profesor adjunto hasta su muerte", dijo Jorge Luis Borges, al ser requerida su opinión acerca de la repatriación de los restos del gran escritor, ensayista y docente dominicano, quien vivió largos años en Argentina, donde falleció en 1946. También Ernesto Sábato, ante la misma pregunta, dijo a ANSA que no se le dio a Henríquez Ureña el trato que hubiera merecido. Ambos, en su declaración tuvieron palabras de emocionado recuerdo, de respeto y cariño aunados, para la figura del maestro dominicano desaparecido.

"El enseñaba literatura española, pero nunca llegó a ser profesor titular. El país se portó bastante mal con él. Se merecía ese cargo e indudablemente hubiese deseado tenerlo. En cambio, fue siempre "adjunto" de otro profesor. De Arturo Giménez Pastor... —cuenta Borges, y añade: "Yo lo conocí hace muchos años, y tengo muy buenos recuerdos de él".

¿Qué fue para usted Henríquez Ureña? ¿Tuvo una relación de amistad con él?

"Si fuimos amigos y me enseñó muchas cosas. Sobre todo me enseñó a ser tolerante... yo era fácilmente fanático en mi juventud, y él me enseñó a ser más tolerante. Una vez

me dijo que nunca había que escribir contra nadie... que si a uno le gustaba un libro era justo que lo dijera. Pero que si no le gustaba, era desagradable, ingrato, atacarlo. Esa era su conducta. Nunca había escrito contra nadie. Solamente había escrito en favor de algo o de alguien. Creo que es realmente un buen consejo.

¿Y qué recuerda de él? "Recuerdo la última vez que nos vimos. Fue en la esquina de Río Bamba y Córdoba. Hablamos sobre la invocación que hace el anónimo sevillano en la famosa "Epístola moral", cuando dice:

Oh, muerte ven callada, como sueles venir en la saeta.
No en la tonante máquina preñada de fuego y de rumor: que no es mi puerta de doblados metales fabricada.

Yo le dije aquella vez que posiblemente esa invocación venía de algún poeta latino, porque esas traslaciones eran propias de la época —del todo ajena a nuestro concepto actual de plagio— y él dijo que pensaba lo mismo, que lo iba a investigar. Nos despedimos y fue la última vez que lo vi... porque "la muerte vino callada como suele venir en la saeta...".

¿Murio en un tren, verdad?

"Sí, así fue. Él iba a dar su clase en La Plata. Tuvo que correr para tomar el tren. Estaba enfermo del corazón. Llegó a tomar el tren, acomodó su cartapacio y papeles en la red. Estaba con un doctor Cortinas. Este le dijo algo, pero él no contestó, porque se había muerto... Y un hermano suyo tuvo la misma muerte. Enseñaba en la Universidad de Las Piedras y también tenía que dar una clase. Tenía que subir una escalinata para llegar al patio de la universidad. Se apresuró y... tuvo exactamente la misma muerte del hermano; un ataque al corazón. Los dos murieron con esa clase de muerte causada por el anónimo sevillano: "Oh muer-

te, ven callada, como sueles venir en la saeta...". Y también hay una vieja copia española que lo dice... "Oh muerte, tan escondida... que no te sienta venir".

"Todos quisiéramos tener una muerte así, probablemente..."

"Sí, desde luego, yo quisiera tenerla. Si pudiera la tendría esta misma noche... Pero ¿por qué esta noche?, podría ser esta misma tarde. Lo que es horrible es sufrir. La agonía. Por otro lado, "agonía" quiere decir "lucha" en griego. Por ejemplo, la tragedia "Sansón Agonistes", quiere decir "Sansón Luchador".

En uno de los libros de Borges, "El oro de los tigres", también se evoca, en un extraño y brevisimo relato, esa muerte repentina en un tren, vinculándola el autor a la conversación del último encuentro, al anónimo sevillano y a un sueño imaginado en el que se anuncia que las palabras pronunciadas eran proféticas..."

Hoy, tantos años después, el último encuentro y la muerte repentina siguen impresionándolo, y sigue recordando también con mucha admiración al profesor Henríquez Ureña, como persona de gran talento y capacidad, que hubiera merecido —insiste— un trato bien distinto".

Ernesto Sábato, que dedicó a Pedro Henríquez Ureña uno de los ensayos de su último libro "Apologías y Rechazos", recuerda con emoción a aquel profesor de su adolescencia y luego querido y admirado amigo. En el libro evoca su pensamiento humanístico, su dedicación a la enseñanza de los jóvenes, desahogada con amor y modestia, cuando hubiera podido, afirma Sábato, "haber dedicado su existencia a brillantes investigaciones filológicas". Evoca muchos hermosos rasgos de su personalidad de hombre de gran cultura que no desahogaba pasar buena parte de su tiempo corrigiendo deberes de chicos... Porque eso no era para él una tarea inferior, ya que significaba una posibilidad señalada con "levisima ironía", la de que "entre ellos puede haber un futuro escritor".

Sábato nos ha dado esta reflexión suya ante el próximo traslado de los restos de Henríquez Ureña a su patria:

"Ureña soñaba con la utopía de una patria americana de hombres libres, de una generosa tierra integradora.

"Ansiaba que terminaríamos con nuestras guerras provincianas, predicaba la unión de nuestros países, señalando el desastre que fue para Grecia el separa-

tismo de sus ciudades, trataba de hacernos comprender el formidable tesoro que encierra un continente de veinte naciones hermanas. Dolido de nuestra pobreza y de nuestra división, soñaba una patria grande que se levantase técnicamente, para terminar con la miseria y la injusticia, pero no poniendo jamás los valores materiales por sobre los espirituales.

"Aquí lo trataron tan mal como si hubiese sido argentino, lo que constituyó una especie de demostación por el absurdo de que los países latinoamericanos efectivamente formamos una sola y única patria".

"Honrosamente, para nosotros, este gran humanista podría descansar en nuestra tierra, que tanto amó. Pero esto formaba parte de su patria grande. Su patria chica era el lugar en que nació, en que transcurrió su infancia, en que tuvo sus juegos y sintió la magia de aquel tiempo irrecuperable. Ese trozo de tierra del que siempre se recuerda alguna casa, algún perro, un camino polvoriento en la siesta del verano, el rumor de las cigarras, algún arroyito".

Y TAMBIEN SÁBATO, como Borges, tiene el recuerdo de esa muerte repentina del maestro en... 1946. La cuenta en su ensayo, tras esbozar su figura y los rasgos de su carácter. "Todos —dice— de alguna manera somos cul-

pables de aquella muerte prematura. Todos estamos en deuda con él. Todos debemos llorarlo cada vez que se recuerde su silueta ligeramente encorvada y pasiva, con aquella mirada señorial y ya un poco melancólica. Tan modesto, tan generoso que, como dice Alfonso Reyes, era capaz de atravesar una ciudad entera a medianoche, cargado de libros, para acudir en ayuda de un amigo".

Ese buen amigo, ese maestro abnegado ese gran hombre de cultura, cuyos restos son ahora repatriados a la tierra dominicana que lo vio nacer, dejó, pues, en esta otra tierra, que también sintió como suya, un recuerdo imborrable. En seres de primer plano en la vida espiritual e intelectual como lo son Borges y Sábato. Y en una infinidad de otros seres que ayudó a formar desde sus cátedras en la escuela secundaria y universitaria, y desde sus múltiples e iluminados escritos.